

1

(2)

TIEMPO DE SILENCIO

(Novela)

Sonaba el teléfono y he oído el timbre. He cogido el aparato. No me he enterado bien. He dejado el teléfono. He dicho: "Amador". Ha venido con sus gruesos labios y ha cogido el teléfono. Yo miraba por el binocular y la preparación no parecía poder ser entendida. He mirado otra vez: "Claro, cancerosa". Pero, tras las mitosis, la mancha azul se iba extinguendo: "También se funden estas bombillas, Amador". No; es que ha pisado el cable. "¡Enchufa!". Está hablando por teléfono. "¡Amador!". Tan gordo, tan sonriente. Habla despacio, mira, me ve. "No hay más". "Ya no hay más". ¡Se acabaron los ratones! El retrato del hombre de la barba frente a mí, que lo vió todo y que libró al pueblo ibérico de su inferioridad nativa ante la ciencia, escrutador e inmóvil, presidiendo la falta de cobayas. Su sonrisa comprensiva y liberadora de la inferioridad explica -comprende- la falta de créditos. Pueblo pobre, pueblo pobre. ¿Quién podrá nunca aspirar otra vez al galardón nórdico, a la sonrisa del rey alto, a la dignificación, al buen pasar del sabio que en la península seca, espera que fructifiquen los cerebros y los ríos? Las mitosis anormales, coaguladas en su cristalito inmóviles -ellas que son el sumo movimiento-. Amador, inmóvil primero, reponiendo el teléfono, sonriendo, mirándome a mí, diciendo: "¡Se acabó!". Pero con sonrisa de merienda, con sonrisa gruesa: "Qué belfos, Amador". La cepa MNA tan prometedora. Suena otra vez el teléfono. Lo olvido. "¿Por qué se ríe, Amador? ¿De qué se ríe usted?". Sí, ya sé, ya. Se acabaron los ratones. Nunca, nunca, a pesar del hombre del cuadro y de los ríos que se pierden en el mar. Hay posibilidad de construir unas presas que tengan la carrera de las aguas. ¿Pero, y el espíritu libre? El nero de la inventiva. El terebrante husmeador de la realidad con ceñido escalpelo que penetra en lo que se agita y descubre allí algo que nunca vieron ojos no ibéricos.

dia. Como si de cobaya o toro nada hubiera, como si todavía nosotros a pesar de la desesperación, a pesar de los créditos. Esa cepa cancerosa con divisas otorgadas por el Instituto de la Moneda. Traída desde el Illinois nativo. Y ahora, concluida. Amador sonríe porque alguien le habla por teléfono. ¿Cómo podremos nunca, si además de ser más tropes, con el ángulo facial estrecho del hombre peninsular, con el peso cerebral disminuido por la dieta monótona por las muelas, fabes, a arbanzadas leguminosas y carencia de protidos? Sólo tocino, sólo tocino y gachas. Para los hombres como Amador, que ríen aunque estén tristes, sabiendo que el último ratón de la cepa MNA perdido nos indica que nunca, nunca el investigador ante el rey alto recibirá la copa, el laurel, una antorcha encendida con que correr ante la tribuna de las naciones y proclamar la grandeza no sospechada que el pueblo de aquí obtiene en la lidia con esa mitosis torpe que crece y destruye, igual aquí que en el Illinois nativo, las carnes frescas de las todavía menopáusicas damas, cuya sangre periódicamente emitida ya no es vida sino engaño, engaño. "Bretogene". Muerte vencida. "Detente, coge el receptor-emisor negro, ordena al Ministro del ramo, dile que la investigación, oh Amador, la investigación bien vale un ratón" No rías más y, sobre todo, no echés esas gotitas de saliva que hacen sospechar de tu educación y de tu inteligencia. "En guerra comíamos las ratas. Para mí que son más sabios que el gato. De gato estoy ya hasta aquí. Los gatos que hemos tomao. Eramos tres. Lucio, muecas y servidor". Proteínas para el pueblo desnutrido. Cuyas mitosis -estas normales- carerciales, en el momento de la emigración de las motoneuronas hacia el córtex, por falta de tales principios renquean y perecen, tal vez disminuyen su número, tal vez se disponen de modo poco ordenado o deficiente, tal vez siguen mancas de las necesarias ramificaciones. Y así quedamos, incapaces para el descubrimiento de las causas de la neoplasia destructora. Amador me mira. Ve mi rostro ridículo. Eso le hace reír. En el binocular, a falta de electrónico, porque no hay créditos, haciendo un recuento de núcleos monstruosos y Amador, ya

haciendo un montón de billetes desescurado para el sitio y la hora, ordenó al camarero-dramaturgo que súbito y presto colocara nuevas dosis mortíferas en los vasos portadores del tóxico. Lo que ejecutado por el maestro copero ágilmente, tuvo como consecuencia un trasiego rápido y satisfactorio sin que nadie diera muestras de asombro, excepto el propio pintor que insistió en repetir por varias veces a sus expensas el mismo bonito número de prestidigitación.

- Ahora esto está aquí -anunció gravemente mientras iniciaba el gesto de beber- y ahora ya no está -cuando el vaso estuvo vacío-. Ha pasado al interior del cuerpo.

La risa no era el comentario adecuado a este tipo de humor constativo sino el pasar inmediatamente a la aplicación universal del método. Lo que inició Matías, inspirado por su ángel:

- Ahora esta silla está aquí abajo -cogiéndola en la que estaba sentado-. Y ahora está aquí arriba -colocándola encima del mármol negro de la mesa.

- Pero tu cuerpo no está donde era -protestó el alemán que provenía de una raza más dotada para la estricta metafísica.

- Yo está -dijo Matías encaramándose y sentándose triunfalmente ante el gesto de disgusto, no exento de admiración, de la muchedumbre letrada de nivel alcohólico moderado o nulo.

Tres camareros avanzaban enérgicamente hacia la silla curul y Matías hubo de limitar el alcance temporal de su experimento que, por el contrario, en el aspecto espacial no le pareció dejar nada que desear. Allá abajo estaban las tres o cuatro mujeres entreñas vestidas de terciopelo negro y con trenzas y las dos o tres actrices con los ojos pintados sonriendo y pensando que era tonto. Esta breve ruptura de lo habitual, conseguida a tan bajo precio, le llenó de una convicción de infalibilidad semejante a la de otros ocupantes de sillas ~~espectatorias~~ más trabajosamente conquistadas a lo largo de los siglos y gracias a ritos tradicionalmente estipulados, entre los que la castidad con mantenimiento de integridad glandular no le parecía en aquel momento al menos molesto. A su descenso, el todavía -no-loco- pintor seguía aplicando el mé-

sus ojos, aparecieron casi innumerables lienzos que tapizaban las paredes del amplio estudio, todos los cuales estaban constituidos por desnudos sonrosados de mujeres gorditas.

- ¡No-, ¡No, ¡No -gritó el pintor neoexpresionista- No mío. Nada mío. Es de otro -mientras Matías se inclinaba con atención reverente ante uno de los lienzos tomado al azar, como calculando el valor de aquella carne en peso.

- Notable -afirmó Matías- Tiene unuma.

- Por favor -insistía el alemán-. Le mía es otro -y señalaba hacia una puerta oculta tras los grandes caballetes.

El propietario del estudio y compañero artista-pintor de Bone parecía tener ideas claras sobre su ideal estético y reiteraba la exposición de las mismas sin un átomo de vergüenza, carente de todo falso pudor. Las sonrosadas damas sonreían estereotipadamente mediante sus rostros de pan tostado y colocaban sus miembros en las más variadas posturas siguiendo las vulgares recetas del arte combinatorio. Sin duda, la presencia de dos cuerpos en lugar de uno en cada lienzo hubiera permitido multiplicar las combinaciones y permutaciones en grado ilimitado, pero incluso sin esta ayuda -que hubiera sido algo semejante a un truco- el artista había conseguido con sus elementales medios dar una idea aproximada del infinito.

- Abilatio in carne femineo -inició Matías.

- Pulcritudo vastíssima semper derramata -continuó Pedro.

- Por favor. No mío.

- No tuyo, pero muy bono.

± ¡Bono no! Asco para mí. Esto no está artístico. No tiene nada. No ser expresionista. Arte alemán distinto.

- El número de desnudos que pinta indica el nivel alcanzado por la represión de un pueblo -opinó confusamente Pedro pensando en sus propias represiones. Resulta grato permanecer en el vasto invernadero de opulentas peonías, en lugar de caminar hacia un presunto Dachau ~~destruido~~

Como un telepático pendant, exclamó Matías:

- Nada me ha recordado más las cámaras de gas.

La inmediata proximidad de los lugares sagrados, templos de celebración de los nocturnales ritos órficos se adivina en ciertos signos inequívocos. La organización municipal provee al buen orden en la zona al mismo tiempo con una prudente reducción de la potencia del alumbrado público y con un no menos prudente aumento de los funcionarios abro puertitas que, desprovistos hace ya años de su onbilgo luminoso, no por eso dejan de ostentar con orgullo un manojo de llaves relucientes y un impávido rostro al que nada espanta cabalgando sobre la bufanda espesa. Los obreros jóvenes en gabardina -que anteriormente hubieran sido llorosos menestrales- así como los representantes del aprendizaje de diversas profesiones liberales y algunos hombres de generaciones más tardías, mejor provistos biológica que cronológicamente constituyen el grueso de esa marcha colectiva gloriática de dificultades, sembrada de escollos imprevistos, necesitada de heroicos esfuerzos, facilitada únicamente por cierta camaradería verdaderamente azarosa en el no mirarse a los ojos de los otros, que en auténticos golpes caridosos en la espalda de los que mutuamente se desconocen pero que se saben unidos en gavillas inconscientes por una misma naturaleza humana implícitamente terrenal.

Ya desde el primer momento, los complicados actos a realizar en el estéril intento de aplicar la bestia lucharniega están marcados por el sello del azar. ¿Por qué emprendemos en el 17 y no en el 19? ¿quién puede adivinar en cuál de estos portales nos detendremos definitivamente? ¿quién sabe si aquel objeto de nuestro instinto del que guardamos un recuerdo grato y nubuloso, hoy, en este momento preciso de la noche, no esté dormida, indiferente a nuestra posible llegada? ¿quién puede asegurar que, en el caso de que no lo esté, no haya sido transferida al 21 o al 13 de la misma calle? ¿quién puede estar cierto de que en el momento de percibir su misma materialidad corpórea bajo un disfraz ligeramente modificado (falda negra estida en lugar de traje de baño rojo, beta marcada amarillenta en lugar de deur-pièces azul cielo, cabellera negra y dientes relampagueantes en lugar de pelo destérido a dos tonos y boca truncada con dentadura rota en mesilla de noche, piel corona bien empolvada en lugar de boca en bivote discretamente desarrollado, sonos turgentes bajo sostén ne-

sombreros con los pañuelos blancos, aunque suene la música y los monesabios hagan piruetas en la arena, aunque llegue un escuadrón de riesgo del Ayuntamiento, allá el torero ha de seguir elevando su estaque en el toro que no suere, que crece, crece, crece y que revienta y lo envuelve en toda su materia negra como un pulpo aneroso ya sin cuernos, aror río, aror río, mientras la ganta ríe y piñe que se las lavativa el importe de las localidades.

ms

Llenó la jofaina de agua. A una fría del jarro. Remojó un cara. Llenó de agua fría su cabeza. Se miró en el pequeño espejo rajado. Vió una vuelta sobre sí mismo. El agua caía por su cara chorreando desde los pelos negros y brillantes. El agua bajaba hasta su cuello y se movía entre la piel y la carne. Se quitó la corbata que se le había unido a su correa diurna. Jajó al suelo con sus listas azules y rojas oblicuas. La imagen de la belleza se escrita se uña flotando en la confusión de su mente. No como la de un ser vivo ni parido, sino como la de un ser decapitado. Allá había quedado allí, separada de él sólo por un tabique y unida a él por una historia tonta que no podía ser tonta en cuarta, pero que le porse uirá inevitablemente. La cubren flotaba como cortada en el cubo de la cara. Lara tan bella! El torero. Todo era natural en ella. Allá estaban en su silenciosaecedora esperando y nada podía sorprenderla.

Volvió a echarse agua en la cara. Agradable esta a una a noche. Respeja la cabeza. Todo lo que estaba hilado se convierde. La barrera se desmorona. La frente vuelve a ser fuerte y no arde. Arde - Arde - Arde que ataca. A una fría. Rencios primitivos: la blanca en la terza, la sábana entre las piernas, la saliva en el verlisco, el piñón abierto en la flucción de peño, la sanguifusa en la apoplejía, la purpa en el cólico viscoso. Los baños purificativos, el bautizo la resurrección del muerto llevado en el carro que cae al volear el río, el taurobolio, el baño de sangre bajo el gran ídolo de los sacrificios.

~~la lluvia, la lluvia.~~ la lluvia, la lluvia. Y este pueblo que no llueve. Este pueblo que no tiene agua. En qué río poder caer aquí si desde el viaducto cae el suicida sobre tejas romanas. El suicida del viaducto, juntito a donde debiera estar la catedral y sólo luce el esplendor de la casa. Viaducto para borrachos cogidos en una trampa. Yo también, puesto en celo, calentado pródigamente como las ratonas del Mucos, acariciado de putas, alzado de viejas, robado de animales de experiencia, pensando en cánceres experimentales pero amigo de literatos, viviendo en tensión molesta pero habiendo las noches de los sábados pendiente de una bolsita en el cuello recalentador de la ciudad hasta que caiga sobre mí la orden del presidente y me coloque frente a mis obligaciones ineludibles y como hombre de honor inspirado para la defensa de la familia y del status actualis situacionis- consiga que todo permanezca en los mejores parabienes y regulaciones instituidas, para bien del hombre y de los pueblos, desde la lejana noche de la edad media cuando ellos con su sable levantado consigieron dar forma e expensar de la morisma de los campos de Toledo y de las zonas bajas donde había empezado a trabajar las huertas, a la nueva nación, pueblo elegido, ciudad aséptica, sin muerte, donde el hombre se alimenta de esfirita y aire puro por los siglos de los siglos. Amén. Más agua, más para borrar la huella de la boca. A una traidora ^{la} lejana tierra con largos canales que han pagado los hombres que sudan a lo lejos, para que -ilegal- tan pura no desentone del pneu- na local y no inida querer vender, que no convierta las calizas en esponja, sino que los verones que nos irán continúen siempre clarivi- dentes siempre con la capacitada espada en alto, dirigiendo, dando forma a la inerte compulencia venosa de los lejanos virreinales. Agua que no bane a na sólo para beber, agua que no involucra como una niebla o una nube próxima, sino que se introduzca por los poros finos del cuarzo que desopile pero no empape, que no hinche, que no engorde la piel, que no sebastegce el perfil duro, casi córnico del imperio seco. Y la bebía como si él también fuera un águila que hubiera de volar muy lejos.

an

0

que francés en lugar de pichos caídos bajo blusa de seda de color verde) pueda ser reconocida por el atarido sacrificante? ¿quién puede esperar que, en el caso de su reconocimiento, la mariposa vital del deseo alce su vuelo otra vez en lugar de ser aplastada por el empuje de la náusea al advertir que desciende las escaleras acompañada de otro hombre al que acaba de servir en nuestra ausencia? Sea como fuere y renunciado a tan angostas interrogaciones, el azar es el dios que más aun que el error, produce tan sorprendentes juicios.

Doña Luisa tenía allí las complicadas funciones de mujer-esclusa. Cuando el flujo multitudinario de los sábados rebosaba los pasillos suprimiendo todo posible cálculo o planificación para su acceso en los diversos débiles espacios de la casa, ella con el solo desplazamiento de su buranidad vistosa, obturaba del modo más eficaz el paso por la encajonada clave y enviaba a los despojos de la calle bien hacia el salón, bien hacia una cierta sala de espera siempre vacía de mujeres. Bien de nuevo a la lóbrega escalera hacia el reino de los serenos y de su auxiliar resignadísimo, una viejecilla arrugada que abría la puerta de la calle desde dentro y que cuando no lo hacía— permanecía sentada en una silla como las que suele haber en las iglesias. En estos casos, cuando doña Luisa impedía de modo total el paso y la esclusa ya no sólo era firme sino hasta rompedora la veterana alcanzaba toda su grandeza. Inesperadamente el dragón del deseo la golpeaba con sus alas rojas y lengüetadas de fuego chamuscaban sus nobles suavecitas grises, pero imperturbable continuaba impidiendo la entrada a quienes no habían llegado a merecerla. Una vez fríamente una cierta actitud humilde, unos ojos tristes, un conocimiento anti no cimentado en bases económicas, una bellaca arrogante tocada de los atributos de la extrema juventud podían convencer la severidad de su celo discernidor en las noches concurrenciales. Así es como Matías pudo alcanzar que él y Pedro penetraran en el alcázar de las oficinas en el mismo momento en que el pueblo viejo era rechazado a pesar de que ostentosamente exhibía en las anecdotillas a uno el necesario billete de cinco euros fruto de su honrado trabajo.

La atmósfera del salón a aquella alta hora de la noche era irrespirable. Las emanaciones de los cuerpos acumulados desde media tarde en tan reducido espacio, el humo del tabaco al que no había modo de salir debido ya que toda apertura de ventana al exterior estaba rigurosamente castigada, el polvo levantado cuando al bajar de los pies de los visitantes consistía paulatinamente descender, los perfumes baratos, las toses repartidas en mil partículas esféricas y microscópicas, la brillantina que resaca de muchas cabezas sudorosas constituyen un flujo denso sólo a cuyo través era dado avanzar los cuerpos esculturiformes apenas velados por las vestimentas más inverosímiles y breves de las blancas de cuya trata era cuestión a regañar de una de las largas paredes. Contrastando con el estruendo de la tumultuosa escalera y con la riqueza de elementos táctiles, aromáticos y visuales, un discreto silencio avergonzado daba un aire aun más litúrgico a la escena. Al deseo mudo se expresaban en miradas casi de refilón, casi ocultas, casi disimuladas. A veces dos o tres clientes, más impresionables que lo habitual, hablaban entre sí en un pequeño coro, para defenderse de la mirada desusada de las mujeres que intentaban discernir con la rapidez posible a su futura víctima-hermano. La provocación se reducía aquí a los gestos más esenciales, una mirada franca, directa y abierta como nunca su hombría desconocida puede volver a encontrarse, un entreabrir de boca ingenuamente perverso, un oscilar de hombros y caderas con el que se intenta superar tal vez la imagen de islas lejanas, un tremolar de senos que sólo es escandaloso porque persiste un tenue tejido sobre la indecisa agitación. El silencio que envolvía la escena, les reducía a pesar de su objetividad palpable y olible a un amenazante aspecto de fantasmas prestos a desvanecerse. Pero por la fuerza de la voluntad, podía lograr cualquiera de los machos, gracias al simple gesto de inclinar a un lado la cabeza de modo significativo mirando fijamente a la presa, que ésta instantáneamente suspendiera su primaria pantomina y recogiendo con una mano la falda demasiado estrecha o bien el cabello demasiado suelto o cualquier otra parte de su anatomía poco apta para la marcha, iniciara un camino rápido hacia los ergódicos anatómicos segui-

da de su comprador que, en la misma escuela podía, depositando su vano sobre la cedera precesante-oscilante, comprobar la naturaleza no fantasmal sino física del objeto alquilado. Lo que debía ser seguido de la entrega ritual del ya citado billete de cinco duros, junto con alguna excrecencia monetaria para las acólitas portadoras de toallas y cubos de agua. "Buena fichada hoy" decía maliciosa la acólita paradójicamente dotada de autoridad y poder sobre la misma sacerdotisa. al entregarle una pieza redonda de aluminio que aquella cuidadosamente guardaba en una bolsita de tela colgada del cinto, donde la ficha se reunía con sus semejantes constituyendo un pequeño montón sonoro, cifra de una explotación y esperanza de un futuro nunca redimible.

Pero Matías era como de la casa y las sencillas ceremonias de la elección que acababan de ser descritas no podían serle aplicadas tan directamente, tan sumariamente, menos aún en un día en que -como hoy- su copiosa borrachera acompañada del don de la omniscencia. le permitían exigir más refinados preliminares al encuentro final con un cuerpo desconocido. Así pues, rompiendo el religioso silencio en que el salón estaba -como es debido-, lanzó el flujo de su oratoria inadecuada en un bardo barato:

- Virgenes de Jerusalem, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos! Como amonena entre lirios así a tí te busco. Oh desconocida de la noche. ¿Dónde está la elegida de mi corazón? ¿Dónde está el cálido pecho en que pueda reclinar mi fatigada cabeza?

[Auto-reflexivo
narró]

Preguntas a las que una culpada anciana que situaba en un rincón y renunciante a todo manejo provocativo de partes corporales, no ponía su esperanza sino en la saturación de la demanda que hiciera escapar hacia pisos superiores al resto de sus compañeras de trabajo, no pudo menos de sonreír y alzarle los blancos brazos, enlazar su cuello de un modo impropio para las reglas draconianas que imperaban en aquella zona del edificio, al mismo tiempo que decía:

- ¡Ven salaci! -y en voz más baja- ¿quieres que te haga cosas? -lanzándose como fatigada leona sobre la única ocasión de tocar a un joven que -a pesar de su oficio- le habían reparado las últimas épocas de su vida trabajosa.

Peró las émulas de doña Luisa se precipitaron violentamente sobre la pareja sacrilega que rompía el sagrado del lugar a simples excitaciones visuales festinadas, y ardentemente vestidas de negro los empujaron, juntamente con Pedro, hacia la sala de visitas dispuesta para recibir a los que desecio importantes para ser arrojados al exterior y demasiado dudadores para permanecer en la zona de las elecciones, no hacen sino turbar a cuantos en ella se dedicaban al inspirado juego.

005
E3

Esferoidal, fosforescente, returbante, oscura-luminosa, fibrosa-táctil, recogida en hilos, acariciadora, amaneante, paralizadora recubierta de pliegues protectores, clorocá, eterna, impregnada de alcohol derramado por la boca, capitoné aculada, torada a voces por una bombilla anémica cuyo resplandor hiero los ojos noctábulos, arrulladora, sólo apta para el murmullo, denigrante, cope del tesoro de la prostituta para el borracho, lugar donde la patrona vuelve a ser un reverendo padre que confiesa dando claras y rectas normas mediante las que el pecado de la carne es evitable, longitudinal, túnel donde la náusea sube, color tierra cuando el gusano-cuerpo entra en contacto con las vasas ^{que} arisdonadora-mente lo rolean, carente de fuerza gravitatoria como en un experimento todavía no logrado, dioscópica, orientada hacia un norte, elegida para una travesía secreta, leguna estigia, dotada de un banco público desde la que el cuerpo alargado y lánguido cae a una blandura apenas inferior, cabina de un vagón-lit a ciento treinta kilómetros por hora a través de las tantas bardesas, cabin-log de un farusit donde ya no quedan cabelleras, bamarete agitado por la tempestad del índice cuando los tifones llegan a impedir el vuelo del amarillo cormorán, barquilla hecha de miembros que montgolfiera, ascensor lanzado hacia la altura de un rascacielos de zona filatada, calabozo inmóvil donde la soledad del hombre se levestra, casto de incunación, pose en que relinido a excremento espere el ocupante la lampa del agua negra que le llevará hasta el mar a través de raras crisis y oleas, calabozo otro vez donde con un clavé lenta-

ante se dilata con trabajo arruando trocitos de cal. La figura de una sirena con su cola escombrosa de pez herida, vigilada por una figura cruzada de mujer que la brida, acariciada por una figura blanda de mujer que amamenta, cuna, placenta, neonato, decidua, salida, conducto, ovario puro vacío, aniquilación inversa en que el huevo en un universo antiprotónico se excita en sus dos entidades. Los grevios y vellos se desmenuzaron a no existir así la sala de retiro, sala de visitas, sala para los doctores, sala para los honorables de buena familia que en una noche anegada llegan y anegarse en la única ruta que no ha podido trabajar y que con mirada incongruente los ojos abiertos que reventados en las cáscaras de naranjas y en las peladuras de patatas se reconcilian y salvan.

- ¡Pulce servidora! La noche, maye de mi tristeza dolorida, dime: ¿cómo conservaste el color de la eterna juventud? ¿quién te enseñó a través de tantos besos, conservar el color rojo de tu boca? ¿cómo es posible que tras tantos castros la carne de tu cuerpo no parezca una esponja empapada en gipí de niño tanto? ¡Halla! Comunica tu secreto a tus admiradores.

- Pues no creas. ¡Toca aquí! -y enseñaba su nudo-. Esté duro todavía. Si no hubiérais visto antes. ¡Huro qué bobo eras! ¡Cora, qué lebrás tanto? Luego os pondrás así.

- No puedo comprenderlo. ¿quién inventó semejante carne? ¿qué materia como ésta es capaz de atravesar el fuego del infierno y permanecer siempre fresca y florecida?

- ¡Pito loco, pito loco, imbécil! -gritó con una carcajada espantosa que mostraba la onerosa agilidad de las arrugas hasta entonces ocultas a penas por una complicidad entre la bombilla de quin-
de bujías y la capa de aceite apoluzado con que se cubría.

- ¡Oh! ¡Oh! eternidad, lujuria! ¡Oh! diosa vencedora del tiempo! ¡Oh! lasciva! cuarta cuarta. Abre tu corazón y explica. ¿Has firmado un pacto con el demonio?

- ¡Josús! -gritó asustada qué estás diciendo? -y reprimió (casi involuntariamente) una voluntad (casi inconsciente) de hacer la señal de la cruz conjuradora de blasfemias.

- Cuando se ríe tanto que mirar para otro lado -informó
-alizo.

- Mirar es sano -replicó la vieja.

- ¿Tú puedes mirarla cara a cara?

- La amo. La amo. quiero poseerla -aseguró Natías y tropezando en el vigor de su impulso hacia el cuango desvencijado, cayó al suelo envuelto en las nubes de su borrachera, sobre las cáscaras de naranja que misteriosos visitantes hubieran consumido previamente en una época geológica no lejana. No intentó levantarse sino que siguió accionando con la única mano que le quedaba libre, estirando la otra oprimida en extraña posición pero totalmente anestésica bajo su propio cuerpo.

- Para qué beberías tanto -insistió lígubremente como si adivinara ocultos de esencias de los que se veía privada por el triste estado físico de los arruinados muchachos.- Para qué beberías tanto. Luego no podías hacer nada.

Cifo lo cual, Natías se sumió en una inextinguible carcajada.

- ¿qué harías tú erudito, si no hubieras bebido? -preguntó entre los ruidos.

- ¿Yo?

- Sí; a tí te hablo.

- Déjala! No te rías de ella!

- Yo la deseo. Estoy dispuesto a todo.

- Ven, chato -dijo la anciana- ¿Para qué beberás bebido tanto?

- Llana llana a la guardesa. Dile que nos reserven la mejor botella de la casa. Voy contigo y que me maten si no he de ser yo el más feliz esta noche cuando va tolos hayan quedado fatigados... ¡Flojos! -e hizo un gesto de amenaza con su largo brazo- ¡Flojos! ¿No sabéis acaso que la existencia es breve, que no ocupa sino el tiempo de la rosa entre dos equidistancias de los astros? ¿qué hacéis con nuestro tiempo? Proclama, Postume labuntur anni. ¿No sabéis que el cuerpo muere y que el alma va a la eternidad?

La mujer se inclinó sobre el caído, se sentó sobre la nulli-

W
da lequeta de naranjas y colocó la cabeza sobre el muslo inmortal
al que los aires no habían logrado hacer perder su carácter propio
de consistencia y elasticidad. Rodó con un brazo -más ajado- la ca-
baza y cañizó los pelos revueltos que, como ala de cuervo, caían
sobre la frente varonil del borracho. Por un momento se olvidó de
padre, que miraba entre atónito y ausente, y dijo:

d
- ¿La verdad que vamos de forrada? -con voz acariciadora
inevitablemente ronca.

- Sí, mija -confirmó el doncel enamorado.

- Ya se acercaba entonces, la puerta a hacer tertulia, decía
Luisa la mujer esclava concluidas sus funciones circulatorias, una
vez que la puerta de la casa había sido cerrada a cal y canto y que
los funcionarios municipales disolvían los grupos restantes de frus-
traos con gestos despectivos y palabras broncas. Al introducirse
en la esfera mágica en que los tres habían estado viajando, vino a
restablecer un equilibrio, el reino de la razón entró en competen-
cia con el de la pasión desahogada y ya en el modo de sentarse en el
banco metálico se adivinaba que -a despecho de toda su comprensión
y su savoir-vivre- iba a romper la atmósfera rústica que hasta en-
tonces habían compartido.

- Buenas noches ¿cómo están ustedes? -a lo que el estupor
les impidió dar contestación alguna- ¡Vaya nochecita! No debían
ustedes venir en noches como ésta. ¡Claro! Las chicas están todas
con años. Y todo va de prisa. El sábado está bien para los albañiles,
digo yo. Pero ustedes no debían. Claro que siempre se las ve bien
por esta casa. No sé ni cómo he podido a usarlo, porque cada día
hay menos afluencia. ¡Claro! Si fueran todos como ustedes. Pero no
pueden ustedes imaginar qué personal ha pasado esta noche por esos
pasillos. qué insolencia, qué lengua Dios mío, qué lengua. Todos bo-
rrachos.... claro que hasta en eso se nota. Hay que saber beber.
Ustedes se me con rendían. Pero ya no esté una pare muchos trotes
como estos. Jesús, estoy toda sudada. Anda, Chero, mija, tráeme
una gaseosa de la cocina!

- Inseguidita sola Luisa ! -Dijo la Desfallecida, ante
incorporándose del suelo y dejando volpear la su usta cabeza aban-